LA NIÑA DEL

SUÉTER VERDE

] ECOS Y REFLEJOS

] ENSEÑANDO EL HOLOCAUSTO. INSPIRANDO EL AULA.

*La chica del suéter verde* de Krystyna Chiger (Kristine Keren) es el relato de primera mano de una joven que se escondió con su familia en las alcantarillas de Lvov, Polonia, para escapar de la persecución nazi. En junio de 1943, más de 100.000 judíos de Lvov ya habían sido asesinados o deportados a campos de concentración, y los judíos restantes del gueto donde vivía Krystyna, de siete años, estaban siendo asesinados. Krystyna, junto con sus padres, su hermano menor y un pequeño grupo de otros judíos polacos, sobrevivieron durante catorce meses en las fétidas y infestadas de ratas de las alcantarillas con la ayuda de Leopold Socha, un trabajador de las alcantarillas e improbable salvador.

Corte los extractos del libro que aparecen a continuación y colóquelos en cuatro estaciones diferentes. Haga que los estudiantes participen en una “anotación grupal” adjuntando una nota adhesiva con sus reacciones a los pasajes y los comentarios de sus compañeros.

**ANTECEDENTES DE SOCHA**

“Nuestro Socha nunca había vivido una vida tan feliz y tan noble antes de conocer a mi familia. Había estado entrando y saliendo de prisión. Cuando era niño, se metió en todo tipo de problemas. Quedó huérfano a una edad temprana. Era un rufián. La escuela no era importante para él... Corría con un grupo de jóvenes que no respetaban a los demás. Nunca fue violento, pero sí irrespetuoso. Ciertamente, no respetaba la propiedad ajena; se convirtió en un ladrón de poca monta. Su concepto del bien y del mal parecía tener más que ver con lo que podía hacer, independientemente de si lo atraparían o no. Era bueno robando, pero no tanto como para poder evitar a la policía. Cuando cumplió veintitantos años, había cumplido tres condenas distintas de tres años por robo: una vez por un trabajo en un banco que había cautivado a todo Lvov por su descaro y cuidadosa planificación, y otra vez por un pequeño robo en una una tienda de antigüedades”.

“De alguna manera, Socha conoció y se casó con una buena mujer llamada Wanda. Ella lo convenció de cambiar su vida. Aceptó un trabajo en el gobierno como inspector de alcantarillado... Ahora que estaba casado, pronto con una hija pequeña, buscaba cambiar... Todavía era un hombre joven cuando comenzó a reunirse con nosotros en el sótano de Weiss. Acababa de redescubrir sus raíces católicas. Con su esposa asistía regularmente a la iglesia, algo que no hacía desde que era niño. El rezo. Llegó a creer profundamente que al redimirse en su vida presente, al vivir de manera buena y decidida, podría absolverse de los pecados pasados”.

**SIGUIENDO LA LIBERACIÓN**

“[Al salir de la alcantarilla después de la liberación por parte de los rusos] Nosotros diez [surgimos], y Leopold Socha, nuestro ángel guardián. Esta era nuestra familia clandestina y estábamos bastante rodeados por docenas de soldados rusos, residentes del vecindario, funcionarios locales y otros trabajadores. Nos paramos en el centro de un círculo improvisado y Socha levantó los brazos e indicó a nuestro grupo. '¡Éstos son mis judíos!' dijo con orgullo. 'Este es mi trabajo.' *¡To sa moi zydzi, yo para bromear, moja praca!*

“[Después de nuestra liberación] Socha… dispuso que ocupáramos el primer piso de un edificio [abandonado]. También había reunido un suministro completo de muebles para nosotros. Sillas, mesas, camas y ropa de cama... todo lo que se le ocurra que podamos necesitar. No habíamos pensado en estas cosas durante nuestro tiempo bajo tierra porque eran secundarias para nuestra supervivencia, pero Socha fue lo suficientemente inteligente como para pensar en ellas en nuestro nombre. El compromiso con nosotros era tal que haría este esfuerzo adicional incluso después de que nuestra supervivencia estuviera asegurada”.

“Mi padre escribió en sus memorias que en la lápida de Leopold Socha debería escribirse: “Quien salva una vida, salva al mundo entero”. *Kto ratuje jedno zycie—ratuje caly swiat.* Tal era la fuerza y ​​el carácter de nuestro querido Socha. De hecho, cada año, en el aniversario de su muerte, enciendo una vela *Yahrtzeit* [conmemorativa] en su memoria y considero estas palabras mientras me preparo para cantar el Kaddish (oración judía en memoria de los muertos) del doliente. Pienso en Socha y la vida que vivió antes de conocernos, las vidas que salvó con su protección, las vidas que todos logramos construir después de la guerra... y de esta manera honro su memoria”.

**EL PRECIO DEL RESCATE**

“[Socha] dijo: 'Tal vez podamos ayudarte. Por un precio, tal vez podamos ayudarle'… Bajo las condiciones adecuadas, considerarían ayudar a mi padre y su familia… Los tres trabajadores de las alcantarillas pedían 500 zlotys por día, alrededor de 100 dólares. Habría sido una pequeña fortuna en cualquier ciudad de Europa del Este a principios de la década de 1940, pero lo fue especialmente en el Ju-Lag [gueto] de Lvov en 1943. Ya ningún judío tenía dinero. Ningún judío tenía un trabajo remunerado. Todo lo que teníamos era lo que habíamos logrado guardar y guardar en secreto”.

“A los meses de confinamiento, cuando finalmente se nos acababa el dinero, sería Socha quien convencería a sus compañeros de continuar con su protección. Pudo haber comenzado como una oportunidad, pero al final se convertiría en un salvavidas. Llegaría a considerarlo el trabajo de su vida, ayudarnos a escondernos en las alcantarillas, protegernos de los alemanes, devolvernos al resto de nuestras vidas tal como esperaba regresar él mismo a la vida que casi había desperdiciado cuando era joven. .”

“[Cuando nuestro dinero se acabó] fue cuando Socha finalmente reveló su verdadero carácter. Un día llamó a mi padre y le dio algo de dinero. Le dijo a mi padre que debía devolverle el dinero al final de cada visita, según la tarifa acordada, y que no quería que Wroblewski y Kowalow [los otros trabajadores de las alcantarillas] supieran de este acuerdo. Mi padre quedó asombrado por este giro. Parecía que Socha estaba devolviendo el dinero que ya había recaudado y preparándose para redistribuir su parte a Wroblewski y Kowalow, a cambio de su continua cooperación. Era como si el propio Socha estuviera pagando ahora por nuestra protección... La razón de esto, supimos más tarde, fue que los tres trabajadores de las alcantarillas estaban en desacuerdo sobre nuestra continua atención. Socha quería seguir viniendo a cuidarnos mientras fuera necesario; estaba comprometido con nosotros, pasara lo que pasara”.

“Hubo un momento, poco después de que se nos acabara el dinero, cuando Socha y Wroblewski saquearon una tienda de ropa dirigida por alemanes en nuestro nombre... [y] cercaron [los artículos robados] en el mercado negro y los convirtieron en dinero para comprar nuestro diario. suministro de pan y otras necesidades… Esto no era un dilema ético para Socha, nuestro católico reformado y ladrón reformado, porque los alemanes ya nos habían quitado todo y lo consideraba una especie de justicia”.

**LA ACTITUD DE SOCHA HACIA EL PUEBLO JUDÍO**

“No había contado a muchos judíos entre sus amigos antes de esta reunión [con los fugitivos en la alcantarilla], pero no le gustaba cómo los trataban los alemanes. Él no lo entendió. Al mismo tiempo, le gustó que estos judíos se negaran a aceptar ese trato. Le gustó su disposición a luchar. Quería ayudarlos porque le recordaban cómo solía ser cuando se enfrentaba a la autoridad y porque había aprendido en la iglesia que ayudando a los demás, puedes ayudarte a ti mismo”.

“Todo lo que necesitáramos, todo lo que pidiéramos, Socha se esforzaría en conseguirlo. Periódicos, libros, papel y lápices, utensilios. . . Incluso velas del sábado. Todos los viernes traía un juego de velas y mi madre las encendía y rezaba las bendiciones antes de cenar. Socha admiraba esto, dijo, que mantendríamos nuestros rituales y costumbres incluso en condiciones tan salvajes... Él y Wroblewski incluso celebraron Rosh Hashaná con nosotros, con una comida especial preparada por Weinbergova con nuestras escasas provisiones, porque Socha dijo que quería Experimentamos lo que era ser judío y pudimos ver que esto era tan significativo para él como lo fue para nosotros”.

“Socha solía tomar a [mi hermano] Pawel en su regazo y jugaba con él mientras los hombres hablaban... Solía ​​traernos un trozo de pan especial o... alguna golosina que no podíamos conseguir en el gueto... Los otros hombres no podían entender cómo este hombre con el que contaban para salvarnos podía dedicar tanto tiempo a tonterías como jugar con los dos hijos pequeños de mi padre. A mi madre y a mi padre les gustó que Socha nos mostrara esta amabilidad. Significaba que se podía confiar en él y que nos veía como seres humanos en lugar de como un grupo de judíos desesperados dispuestos a darle algo de dinero para protegerse”.